

Trenzadoras de palabras,
bosques y océanos



Autoría y edición: Personas que habitan *Palabras a volar*

Narrativas y otras lunas

narrativasyostraslunas.com

Enero 2019

LICENCIA



Para cada texto: sus respectivas autoras (ver apartado *Esencia*). Para la comunidad de escritura: Lidia Luna Rodríguez.



INDICE

Acubillo

Al lío con algo	9
Mi refugio	11
El lugar donde escribo	13
Me comprometo	15

Natsukassi

Do you remember?	18
El mar, siempre el mar	20
Recuerda	22
No lo olvides nunca	25

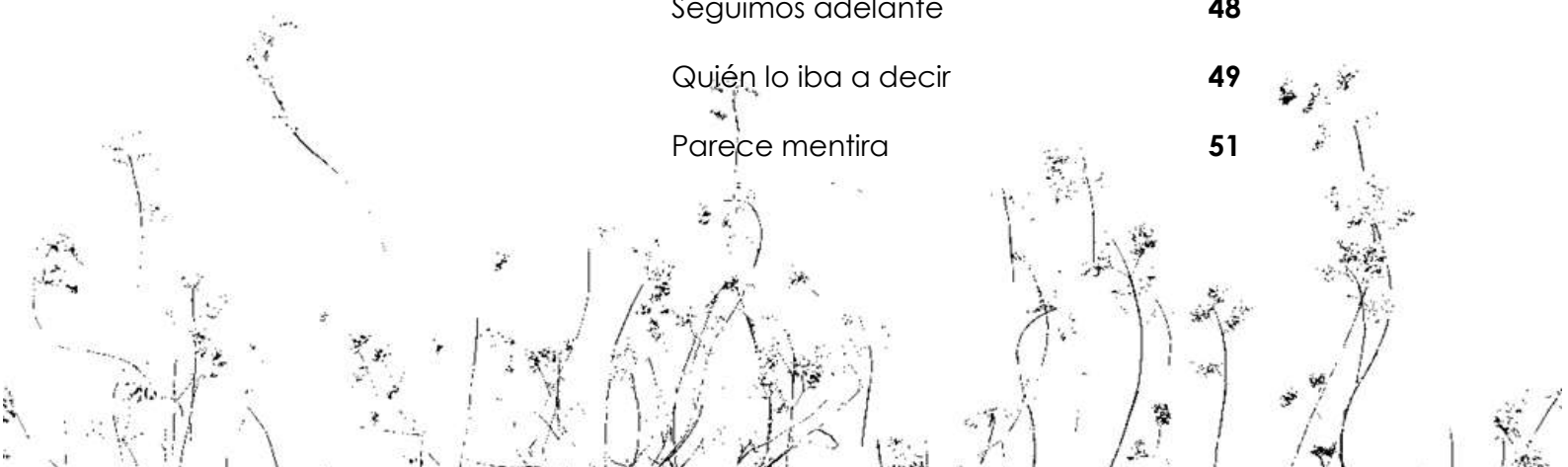
Escintilar

Curiosidad infinita	28
En lo cotidiano	31
Beltane	32
Niña mala, loba mala	35
El llavero	37

Los de dentro	38
---------------	----

Arrumbar/Jotake/Comboi

Punto y seguido	46
Seguimos adelante	48
Quién lo iba a decir	49
Parece mentira	51



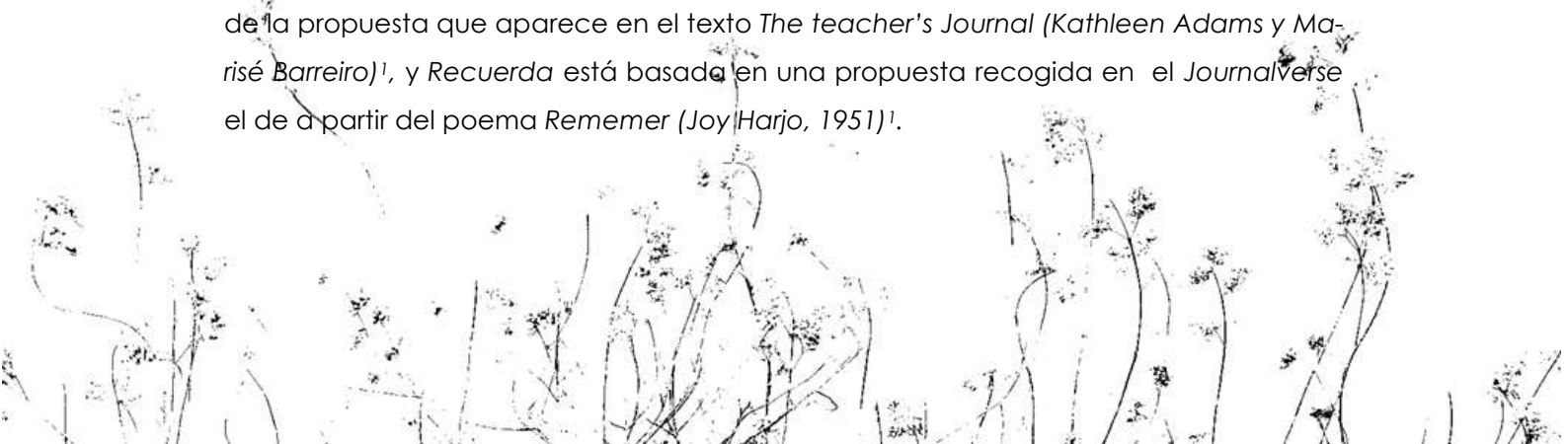


INTRODUCCIÓN

Palabras a volar es un espacio de encuentro para mantener el hábito de la escritura personal. En esta recopilación aparecen algunas de las mujeres que habitan la comunidad online; ellas han escrito y seleccionado los textos.

La única pauta que seguíamos para desarrollar las propuestas de escritura¹ era crear con total libertad. Al compartir nuestros textos hemos ido tejiendo un espacio seguro en el que expresarnos y conocernos, tanto en la propia comunidad como en la relación con nosotras mismas: ser cada vez más conscientes de lo que experimentamos cada día, nombrar lo que nos sucede para poder manejarlo. Nuestro reto para este año es explorar las técnicas literarias.

¹ Todas las propuestas de escritura son de elaboración propia, a partir de la experiencia de los talleres y diversas lecturas de referencia. *La alfombra mágica*, es una adaptación de la propuesta que aparece en el texto *The teacher's Journal* (Kathleen Adams y Marisé Barreiro)¹, y *Recuerda* está basada en una propuesta recogida en el *JournalVerse* el de a partir del poema *Remember* (Joy Harjo, 1951)¹.



PRÓLOGO

Siempre he tenido la cabeza llena de historias y un libro entre las manos; cuando era una niña, lo hacía incluso mientras caminaba. Siendo adolescente, participé en algún concurso literario. Después vinieron los talleres, en los que fui encontrando aliento y herramientas para escribir; y, aun así, seguía teniendo miedo. A no expresarme bien, a las faltas de ortografía, a las consecuencias de poner por escrito lo que sentía.

Hace unos años empezó a tomar forma este proyecto, en un momento de mi vida en que tuve que preguntarme quién era, qué quería hacer, qué podía ofrecer a otras personas. Durante unos meses leí, escribí, aprendí a contar historias de viva voz. Me cuestioné casi todo lo que había aprendido, y exploré lugares en mi interior que más miedo me daban. Dejé espacio al vacío y al silencio, para escuchar a la nada y las voces más temidas. Y poco a poco, armándome de tiempo y de palabras, fui capaz de ir rehabilitándome.

Desde entonces, mi mayor empeño ha sido acompañar a otras personas para que puedan escribir con libertad, conocerse mejor, escuchar las voces críticas sin dejarse arrastrar por ellas; deshacerse de lo que no son, contar sus propias historias.



En enero de 2018 soñé una cabaña virtual en la que pudiéramos sentarnos a escribir con el ritmo y la constancia de los caracoles; sin prisa, sin fechas límites. Algunas personas decidieron sumarse, comprometerse con la escritura, ir mostrándose poco a poco, atravesar sus temores. Gracias a ellas nuestra cabaña es un espacio cómodo y seguro, donde todas encontramos apoyo y consuelo; un lugar donde volar nuestras palabras, descubrir otras nuevas, darle la vuelta al diccionario y tejer nuestras propias definiciones.

Anna, Silvia, Cristina, Isabel. Gracias por estar al otro lado; por vuestro tesón y aliento. Me atalanta leerlos, sentir los hilos de cuidado y confianza que nos unen. Gracias por haber recopilado los textos con mimo y empatía; por haber tenido una paciencia inmensa con mis tiempos, mis revisiones y sugerencias. Cada vez que luce el sol, pienso en vosotras.

Lidia Luna



ACUBILLO

Nuestro refugio y compromiso con las palabras



AL LÍO CON ALGO

Yo, Silvia Barcenilla Paz, me comprometo a escribir «algo» un mínimo de 5 días a la semana.

Entiendo por «algo» un artículo para la web (la mía u otras), páginas de mi *Cuaderno de Todo*, estas mismas *palabras a volar* o cualquier otro proyecto que se me vaya ocurriendo por el camino.

Ese «algo» podrá ser escrito a mano o a máquina, como si de un detergente polivalente se tratara. Detergente porque las palabras atrapadas en los renglones absorben la locura de mi cabeza, dejando siempre mi mente más ligera que antes de empezar.

No pongo mínimo de hojas, porque una vez dado el paso difícil, que es el de ponerse al lío, lo demás va rodado.

Coín (por circunstancias de la vida), a 1 de febrero de 2018

P.D.: Donde y sobre qué

Tengo una mesa preparada para escribir... que no utilizo. En la práctica escribo en una esquina del sillón, con el portátil o carpeta sobre las piernas. Me resulta fácil escribir en el teclado, aunque el *Cuaderno de todo* solo concibo hacerlo a mano.

Hace dos o tres años, tras empezar innumerables libretas, que si una para los sueños, otra para el diario de Reiki, otra para que se yo... di con el formato en el que me gusta escribir: folios blancos en los que cabe todo. Lo mío y lo ajeno, escrito, dibujado, escrito en el ordenador y luego impreso, fotocopiado, coloreado, pegado.

Cuando hay una cierta cantidad de hojas -nunca la misma, porque pongo fechas de empiece y cierre que coinciden con fiestas de la rueda

del año celta- las encuadernó. A mano. Junto las hojas, hago un índice y la cubierta, que suele ser una cartulina pintada. Doy cola. Coso. Vuelvo a encolar.

Silvia



MI REFUGIO

El lugar en el que escribo es mi estudio. Mi refugio. Lo necesito. Tengo ordenador, tele y un sofá. Y entra mucha luz natural, sobre todo durante la sobremesa. Allí tengo mis libros, y allí (aquí) descanso, leo y pienso. A menudo pongo música relajante.

Una habitación propia y dinero para ser independiente, decía Virginia Woolf hace muchos años, y cuánta razón tenía. Y cuánta lucha interna sufría, como hacemos tantas otras. Este lugar en el que ahora estoy me ha dado muchas satisfacciones personales y eso me ha salvado muchas veces de caer en el pozo de la negatividad y de las inseguridades. En los últimos años he estudiado mucho online. Una carrera universitaria (cuatro años) y dos másteres (de dos años cada uno), entre otros cursos, nada más y nada menos.

No me gusta jurar, pero prometo seguir escribiendo, al menos, los fines de semana que es cuando puedo, cuando tengo más ratos para mí. Debería empezar un libro, o escribir algo más largo, y coger ese hábito, dedicarle más a la escritura creativa, a diario, aunque creo que se me dan mejor los escritos cortos. Me gustaría colaborar en algún medio y escribir artículos o alguna columna temporal, pero para eso debería ser más conocida, o estar acreditada de alguna forma, no sé.

Hace exactamente 10 años, cuando recién cumplía los 40, escribí un escrito que me publicaron en la revista AR, fui la firma invitada de aquel mayo de 2008. Algo inesperado. Escribí sobre nuestro bienestar, pero no siempre cumplimos lo que decimos. La incoherencia también es humana. Y la vida es complicada. Todo no depende de nosotras mismas, aunque sí de nuestra actitud, claro.

Recientemente, he tenido algunos reconocimientos como por el hecho de ser la primera agente de igualdad de mi ciudad, y me han dedicado una reseña en la revista municipal *L'ullal*.

También me gustaría escribir en mi lengua hablada natal, pero, por desgracia, me resulta más complicado, por la educación recibida. Cuando era pequeña estaba prohibido incluso hablarla en el colegio, y mucho menos enseñarla. Luego todo eso fue cambiando poco a poco. Ahora se aprenden todas las materias en mi lengua natal. Yo la aprendí después y también leo y escribo en valenciano, de vez en cuando.

Anna



EL LUGAR DONDE ESCRIBO

Escribo en mi sillón, en mi mesa de azulejo y madera comprada hace unos veinte años con mi pareja. Escribo y, me he dado cuenta en los talleres, escribo fluidamente en el ordenador. Las ideas y las palabras salen sin obstáculos tecleando. Algo extraño en mí. Soy de las que lleva la libreta a todos los viajes y excursiones para anotar lo que siento, la que escribe cartas y las mete en sobres con sello y todo, la que tiene libretas para cada libro del club de lectura y otra libreta para los otros libros, y por supuesto, la que sigue leyendo en papel. Por eso, me está resultando muy sorprendente mi manejo con el teclado y las palabras.

El lugar donde escribo, esa habitación propia, que nos contaba Virginia Woolf, ando perfeccionándola, ya que llevo mucho tiempo dándome excusas para no enfrentarme de nuevo a mí misma y a lo que sucede en mi interior. Excusas como no hay tiempo, primero son los demás, y el cansancio, acaban cuadrando el círculo de las excusas.

Pero algo ha sucedido. Esta Nochebuena, Papá Noel, versión mi hijo de 18 años, con sus primeros dineros trabajados, me ha hecho un regalo y me ha hecho una petición de la que me sentiré muy orgullosa de cumplir. Una libreta de piel negra, con hojas blancas, y una dedicatoria y una petición.

La dedicatoria: «no hay idea más parva que la que olvidas por no apuntarla.»

Una petición: «quiero que en esta libreta me cuentes cosas, cosas sobre ti, que yo no sepa y que, si no fuera porque te lo estoy pidiendo, jamás llegaría a saber. Cosas de tu niñez, adolescencia...de tu proceso de madurez que te ha llevado a convertirte en la increíble persona que eres ahora mismo».

He compartido este pequeño detalle de mi intimidad porque llevo pensando en ese compromiso que necesito para perfeccionar ese lugar desde donde escribo.

Desde hoy me comprometo ante vosotras, a llenar esas páginas en blanco, con las palabras salidas del alma, para contar a mi hijo, y contarme a mí misma cómo he llegado a este punto, a este momento, y así comprender la realidad, comprenderme a mí y hacerme comprender a los demás... si es que quieren, claro.

Bueno, me ha salido un texto y un compromiso un poco desordenado, pero la intención es lo que cuenta.

Gracias.

Isabel



ME COMPROMETO

Me comprometo. Yo, en pleno uso de mis facultades mentales (casi siempre), he hecho un pacto conmigo misma y estoy dispuesta a cumplirlo.

Voy a tomarme una tarde a la semana para sentarme en mi sillón de escribir y dejar salir todo lo que llevo dentro. Intentaré que sea más a menudo, pero todo dependerá del trajín diario.

Dice la profe que lo hagamos hasta junio, pero yo me he propuesto que sea para siempre. Aunque primero hay algunos cambios que necesito hacer, tiene que dejar de importarme lo que digan los demás, «pero, a tu edad, ¿cómo te pones a escribir ahora?» Más importante incluso, tengo que mantener a raya esa vocecita interior que a veces se pone tan pesada, «tú no tienes nada que contar, mejor límitate a leer lo que escriben otros.»

Voy a dejar de sentirme tan vulnerable cuando otras personas leen lo que escribo, de momento sólo mis compañeras, no le enseñe mis cosas a nadie más. Debo superar ese miedo a que me digan que mis escritos no valen para nada, porque sí que valen. Y mucho.

Valen para que yo me sienta mejor, valen para poder sacar afuera mis sentimientos, mis inquietudes, mis miedos. También mis alegrías. Valen para poder pasar página y continuar adelante. Valen, en fin, para ser yo misma.

Lo he decidido, me comprometo a hacerlo porque es una necesidad personal, pero también por todas esas mujeres que quieren pero no se atreven, y por aquellas valientes que nos abrieron camino. Les debemos tanto...

Cris



NATSUKASSI

Ese instante en que la memoria de repente nos transporta a un bello recuerdo que nos llena de dulzura



DO YOU REMEMBER?

Recuerda que más arriba de las nubes siempre hay un cielo azul y un sol resplandeciente.

Recuerda que hay muchos colores con infinitos matices.

Recuerda que «no te preocupes, hija, que nunca pasa nada.»

Recuerda que no estás sola.

Recuerda que eres *siempre afortunada*; agradécelo.

Recuerda que tienes el poder definitivo: el de decidir tu actitud frente a los acontecimientos.

Recuerda que «piano, piano se llega lontano.»

Recuerda que ya has amanecido tras muchas noches oscuras del alma.

Recuerda mirar con ojos de primera vez, con los ojos de esa niña asombrada que aun eres.

Recuerda que eres la doncella, la madre, la reina y la anciana... deja que salga en cada momento la más adecuada.

Recuerda respirar hasta lo más bajo del abdomen, hasta el perineo.

Recuerda que Dios está en los detalles y que lo bien hecho bien parece.

Recuerda que no vas a estar aquí siempre.

Recuerda no dar por hecho.

Recuerda expresarte; no des por hecho que nadie sabe lo que sientes.
Expresa tu amor, tu interés, tu cariño, tu agradecimiento, tu ira, tu malestar, tu pena.

Recuerda cómo es tocar el barro, pintar con las manos, morder un melocotón maduro y que se escurra el zumo hasta el codo.

Recuerda sentir.

Recuerda vivir.

Esto me diría a mí misma en una época gris.

Silvia



EL MAR, SIEMPRE EL MAR

Recuerdo que mi madre me hacía muchas fotos por aquella época, a finales de los años 70, aunque algunas me las hizo mi hermano mayor, en aquella cámara *instant* que sacaba fotos pequeñas y cuadradas. Yo eso no lo recuerdo, pero sí recuerdo algunos de los momentos que plasmaban. Como el de los arenales cercanos a la casa de mi abuela, donde veraneábamos toda la familia, tíos, tías, primas y primos, un buen grupo. Recuerdo aquellos atardeceres junto al mar, no para bañarnos como en las mañanas, sino para jugar en las dunas, viendo a los pescadores echar sus redes, entre ellos mi tío, para sacar peces que luego cocíamos al horno, o haciéndonos collares con florecitas de los dompedros, o viendo esconderse un escarabajo debajo de la arena. Momentos tranquilos de paz, de felicidad, de relax y de buena compañía.

Recuerdo que en esos veranos con tanta gente, siempre teníamos cosas que celebrar, mi santo, por ejemplo, el 26 de julio. Y mi padre traía dulces de nuestro horno, cocas de tomate, pan acabado de cocer y un regalito para mí, como aquel collar de plástico de colores que todavía conservo. Un día de esos días traje un barril de horchata para merendar. Tengo también fotos de esos momentos, como la que estoy yo con 7 u 8 años con un gran trozo de sandía en mi boca, y detrás está mi padre, que tendría más o menos mi edad de ahora, repartiendo más fruta entre la familia. Me encantaba esa fruta y me sigue gustando mucho su poder refrescante y saciador, lleno de bonitos recuerdos familiares.

Recuerdo, muchos años después, el último día que mi madre vio el mar y que se bañó en él. Fuimos las dos solas, aquel 21 de junio de 2014. Esta vez le hice yo la foto a ella, con el móvil, porque el verano anterior no lo vio, el mar. Con lo mucho que le gustaba, por culpa de aquella

operación de cadera. Nada comparado con lo que estaba por venir, y que ni en nuestras peores pesadillas podíamos imaginar. Ese día la ayudé a entrar en el agua porque no caminaba todavía bien y entonces ahí tan moderna, con sus gafas, su sombrero y su bañador de lunares azul marino, le hice una foto y la subí a facebook. Por eso la conservo, por eso la tengo guardada y por eso la quiero recordar siempre, así de guapa y feliz.

Anna



RECUERDA...

Recuerda...

A la niña mofletuda de los columpios... con su madre abrazada y su padre siempre con la cámara

A la niña de las coletas con su uniforme nuevo en su primer día de colegio de la mano de su madre y el vestido azul y los zapatos relucientes gracias a su padre.

Recuerda...

A la jovencita que iba a casa de sus abuelos dónde todos los miércoles comía filete de pollo empanado y patatas fritas Y de aperitivo, las aceitunas que su abuelo decía que se convertirían en un olivo en su estómago de tantas que comía.

A la jovencita y su primer amor el que tanto dolió, y el que después vengó.

Recuerda...

A la mujer en que te ibas convirtiendo rebelde, soñadora, con inquietudes, con proyectos, con ganas de vivir, de reír, de llorar, de cantar, de viajar, de bailar, de amar, de ser amada.

Recuerda...

Y piensa...

Qué rápido han pasado estos recuerdos...

Y ahora qué puedo recordar...

Qué es lo que no puedo dejar de recordar...

Qué es lo que no puedo olvidar...

Puedo recordar el instante en que me enamoré, por unas manos y una voz.

Puedo recordar el instante en que me sentí comprometida contigo en una cala desierta ante el Océano con el viento del Norte como testigo.

No puedo olvidar el momento en que naciste, el mundo se detuvo y el tiempo dejó de existir y un nuevo tiempo comenzó para mí

No puedo olvidar todos los caminos, todos los senderos, acertados y equivocados, todas las risas y las lágrimas, sal en mis mejillas de alegría y de pena, noches sin dormir, abrazos a destiempo, caídas y brechas, enfados y cansancio, suspiros y tolerancia, dedos enroscados, pulgares de consuelo, deberes en cooperativa, libros que descubrir, escobas voladoras llenas de purpurina, cartas de Papá Noel escritas con tinta del Polo Norte, dientes robados por duendes de la noche, gusanitos a todas horas, excursiones hasta el Infinito y más allá, atardeceres de guardaespaldas a la orilla del mar, cumbres de montañas después de atravesar bosques mágicos, ríos serpenteantes a la sombra de árboles con largas ramas, cascadas con historias imposibles, fuentes de agua roja con propiedades curativas, conciertos con sueños a pie de escenario, canciones cantadas a pleno pulmón en el auto de papá, siestas en la tienda de campaña a la sombra de los pinos...

No puedo parar de recordar...

Y no dejo de pensar que toda esa memoria, con sus recovecos inesperados, con sus esquinas llenas de escondites, soy yo...

Y no puedo olvidar que todavía existe mucho espacio por explorar, por vivir...

No lo olvides...

Isabel



NO LO OLVIDES NUNCA

Recuerda la tierra que te vio nacer, siempre formará parte de ti, pero recuerda también esa otra que te vio crecer, que te enseñó a ser.

Recuerda todo el camino que has recorrido, los senderos fáciles, pero también los escarpados, porque todos ellos te han traído hasta aquí.

Recuerda observar las huellas de los que recorrieron el camino antes que tú, puedes aprender mucho de ellas. Pero no caigas en la tentación de pisar encima, eres tú la que tienes que marcar tu propio camino.

Recuerda a tus padres, siempre, no encontrarás nadie en este mundo que te quiera mejor que ellos.

Recuerda aprovechar cada segundo de tu vida, son limitados, y en tu mano está exprimirlos al máximo.

Recuerda dónde pusiste la escalera para salir del pozo cuando te hizo falta, nunca se sabe si volverás a necesitarla. Pero recuerda también que siempre conseguiste salir.

Recuerda tender la mano a quien la necesite siempre que puedas. Nada te dará más satisfacción que ayudar a alguien a volver a sonreír.

Recuerda también agarrarte fuerte a la mano que otros te puedan tender.

Recuerda siempre quién eres, no dejes que nadie lo decida por ti, y si aún no lo sabes, tómate el trabajo de averiguarlo.

Recuerda disfrutar de las pequeñas cosas de la vida, casi siempre es ahí donde se esconde la felicidad.

Recuerda vivir intensamente, hagas lo que hagas, hazlo desde el corazón.

Recuerda que no eres una loba solitaria, perteneces a una manada, apóyate en ella.

Recuerda cuidar tu entorno, regar tu jardín, si lo haces bien, cada día tendrás más flores.

Recuerda que después de cada noche, amanece un nuevo día, siempre.

Cris



ESCINTILAR

Escribir para dejarnos brillar. De forma intermitente y con colores cambiantes porque no siempre escribimos ni brillamos con la misma intensidad.



CURIOSIDAD INFINITA

Suelo tenerla enrollada, porque es tan grande que no me cabe extendida en casa. A simple vista parece una jarapa de cálidos y vibrantes rojos, rosas y naranjas.

La saco al patio, la extiendo y pongo encima unos cuantos cojines. Entro en casa para hacer pis, que los viajes es mejor empezarlos con la vejiga vacía. Cojo una buena manta y la mochila que he preparado con el picnic. Me siento en el centro de la alfombra, digo tres veces el destino y doy tres palmadas.

Solo puedo hacer un viaje al mes. No me preguntes por qué, no me lo quisieron decir cuando me la dieron. Intuyo que es para no eniviarme y estar todo el día de picos pardos.

La primera vez me pareció que era demasiado fácil «arrancarla», ¿sólo decir el destino y aplaudir? Luego aprendí que muchas veces complicamos las cosas solo para que parezcan más importantes cuando lo simple siempre es lo más efectivo. Estaba tan nerviosa como en mi primera clase de la autoescuela, que de buenas a primeras pasé de no saber ni cuál era el pedal del freno a que me lanzaran a una calle de tres carriles por sentido en plena hora punta.

Para irme soltando mi primer viaje fue puramente recreativo: una vuelta por la montaña, para sentirme como las águilas que tanta envidia me daban. Recuerdo cómo la alfombra se elevó poco a poco, dejándome que me acostumbrara a ella. ¿Estoy volando? ¡Estoy volandoooooooooo! Estallé en carcajadas de puro júbilo al sentir el aire despeinarme y disfrutar de la vista de pájaro.

Después me fui aventurando más, en distancia kilométrica y, sobre todo, en distancia temporal. Si despegar para volar emociona, el cambio de época es la leche; eso sí, se pasa un poquito de frío al viajar en el tiempo, por eso siempre echo la manta.

De adolescente tenía la certeza de que cuando morimos tenemos un instante de lucidez en el que lo sabemos todo. Todas las incógnitas del mundo, desde su creación, nos son reveladas. Gracias a la alfombra no me ha hecho falta esperar a morir para ir quitando velos al misterio en el que vivimos. ¿Se puede tener más suerte?

He visto construir las pirámides y el templo de Karnak en su esplendor.

Sé cómo son los mitos eleusinos que se celebraban cerca de Atenas.

He acompañado a Colón al poner el pie por primera vez en América y a Ragnar Lodbrok a sitiar París.

Vi cómo estalló el Krakatoa y se quien dibujó las líneas de Nazca.

Con Francisco de Hoces he cruzado el Cabo de Hornos, ¡que olas, chavalas!

He paseado por Jerusalén en el año 33 d.C.

He visto cómo Leonardo ensayaba sus prototipos y como Miguel Ángel desvelaba el David escondido en un pedazo de mármol.

A Madame Curie me acerqué menos, estaba muy radiactiva la mujer.

He estado con chamanes y curanderos y se cómo era la nariz de Cleopatra.

Estuve al lado de los niños de Fátima y puedo asegurar que lo de Santa Teresa era un éxtasis muy orgásmico.

Auroras boreales, selvas, cascadas, géiseres, icebergs, cañones y desiertos. Mi nacimiento, el de mis padres. He remontado mi árbol genealógico...

He visto cosas que vosotras no creeríais... salvo atacar naves en llamas más allá de Orión y rayos C brillar en la oscuridad cerca de la Puerta de Tannhäuser.

¡Y las que me quedan!

Eso sí, solo pasado o presente. El futuro es un misterio que debe seguir siéndolo.

Silvia



EN LO COTIDIANO DESEAMOS, A VECES ENCONTRAMOS, UN REFUGIO

Por ejemplo, una habitación propia. Un lugar donde relajarnos y descansar, donde hacer las cosas que más nos gustan o que de alguna manera nos dan sosiego y serenidad. O un amante (y no estoy hablando de sexo) real o ficticio, que nos aparte de la cruda realidad, que nos haga sentir importantes y nos valore de verdad, con el que nos comuniquemos, con quien nos desahogemos con sinceridad, aunque solo sea por guasap.

En lo cotidiano tenemos pocas muestras de afecto verdadero, más bien, solo saludos educados, trabajo, rutina y pocos cambios. A veces solo percibimos interés. Sin embargo, deseamos un buen abrazo de un ser querido, unas palabras de consuelo, de cariño, una caricia, una mirada penetrante, una larga sonrisa, mucho agradecimiento y mucho, mucho amor.

En lo cotidiano buscamos, busco, refugio en el yoga y en la meditación, en la lectura y en la escritura. Momentos de tranquilidad, de paz, que me dedico a mí misma. Son mis ratos de desconexión, mi habitación grupal, y a la vez silenciosa, presente y real.

Anna

BELTANE, LOS CELTAS, EL BOSQUE, EL FUEGO, LOS DIOSES

Pues aquí estamos, en la Galicia mágica, tierra celta por excelencia, o eso nos han contado, dónde pegas una patada a una piedra y sale un petroglifo. A lo largo y ancho de este nuestro hermoso y diverso país, adaptamos las celebraciones, o nos han adaptado, según nos convenga. En mi infancia, de colegio de monjas, celebrábamos los mayos, como el despertar a la naturaleza, con fiestas florales en honor a la Virgen, léase Diosa Madre. Y las hogueras, realizadas a partir de un palo enorme, en las que se quemaba en lo alto del poste un monigote, símbolo del fin del invierno, las realizamos aquí en la fiesta mágica por excelencia, por lo menos para mí, que es la del solsticio de verano, las fiestas de San Juan. En esa fecha, además de cumplir con el ritual del fuego, existen un par de ellos más, que los realizo desde tiempos inmemoriales, y que si no lo hago, ya me queda mal cuerpo para el resto. En la tarde del 23 de junio, hay que recoger, al menos siete hierbas, normalmente con propiedades medicinales y aromáticas (hierba de San Juan, helechos, hinojo, hierbaluisa, romero, sauco, laurel, flor de San Juan, rosa silvestre...), y dejarlas en agua bajo el rocío de la noche de San Juan. Al día siguiente, tenemos que lavarnos la cara con este agua para espantar las envidias, el mal de ojo y los *meigallos*. Luego hay que dejar a secar este ramo de flores, y nos servirá de amuleto para proteger nuestros lares, colocándolo boca abajo en las puertas de las casas o bajo nuestras ventanas. Y creedme que lo hago. Por si acaso. Y porque es una tradición maravillosa.

Por último, que no menos importante, no nos podemos olvidar del salto de la hoguera. Dice la tradición que en la noche de San Juan debemos saltar la hoguera tres veces, y pedir un deseo. Luego que se cumpla o no ya es otra cosa.

Y ahora, al fragor de las tradiciones, y de la magia, y del calor del fuego, os voy a contar una historia...

El invierno parecía que nos abandonaba al fin. Los días se estaban haciendo más templados, y la luz del sol alargaba las jornadas un poco más cada vez. Ella salía del bosque de *apañar* algo de madera seca, para poder encender las hogueras de los mayos, y debía darse prisa para recoger las ramas y las flores de espino para adornar puertas y ventanas, y espantar los malos espíritus. Se sentía agitada y no sabía por qué, tal vez la luna llena que entreveía en el horizonte, la trastornaba. Sentía en su interior una excitación inexplicable, una exuberancia y un calor tibio a punto de desbordarse. La noche empezaba a extender su manto, y las sombras hacían acto de aparición. Y de repente lo sintió. Lo vio llegar por el sendero que bordea el bosque. Caminaba despacio, y entre las luces del anochecer, no supo distinguir sus rasgos. Podía ser moreno, castaño, rubio; de piel clara, pecosa, morena; de ojos claros, de ojos negros; boca carnosa y sensual; de brazos firmes, de pecho poderoso, caderas estrechas y vientre acogedor; manos grandes para acariciar pechos, caderas, nuca, orejas; dedos largos que agarran piernas, nalgas, que hacen cosquillas, que juegan por nuestros pubis; tras los pantalones se adivinaba un falo digno de un dios o un demonio, podría ser todos los hombres o ninguno, sólo un ser que emanaba una atracción poderosa tal que ella ya no pensó en nada más. Sus miradas se unieron y sin decir palabra, se cogieron de la mano y caminaron hasta el roble sagrado. Bajo los primeros brotes de las ramas, se despojaron de sus vestimentas con ardor, y en la tibieza de las hojas secas, hicieron el amor con pasión, con desgarramiento, como si fuera la última vez, como si no hubiera un mañana. La noche avanzaba con parsimonia, en las colinas se divisaban los fuegos de los mayos, las voces alegres se oían por doquier, y ellos se sumieron en un dulce sueño, abrazados.

El día amaneció fresco, ella se cubrió con su manto. No había rastro de él. Se levantó y se encaminó a su hogar. Sentía la mente despejada, y el cuerpo agradecido por la noche recibida. Al entrar en la vivienda, lo supo. No tuvo ninguna duda. Aquel sería un buen año. La fertilidad de los dioses la había acariciado, y supo que, en su tiempo, tendría un hijo. Un hijo de los dioses.

Isabel



NIÑA MALA, LOBA MALA

Creo que lo hacemos, quizá sin darnos cuenta, las mujeres, lo de buscar nuestros huesos, lo de bajar al infierno y subir al cielo, con la misma facilidad. Quizá no sabemos cómo, pero lo hacemos. Nos recomponemos continuamente. Seguramente, sea algo instintivo o intuitivo, irracional incluso. De ahí su relación con la loba, con lo salvaje y lo animal. Buscando el sentido de muchas cosas que nos pasan, hacemos cosas que nos sientan bien, desarrollamos nuestros potenciales, *mens sana in corpore sano*.

Yo creo que lo he hecho muchas veces, y así he ido juntando mis huesos rotos, cantando canciones que me alivien el alma. Sin embargo, hay situaciones, momentos que no sabemos cómo hacerlo, que nada es suficiente, que no lo hacemos bien y no nos sentimos mejor. Será porque caemos una y otra vez en la misma piedra. O porque nos equivocamos de huesos, porque no elegimos bien la canción. O quizá estén tan escondidos los huesos, que sea una tarea muy ardua buscarlos y nos damos por vencidas.

Y es que los huesos duelen y se rompen, pero también se arreglan y se calma el dolor. A veces nos sentimos mal, culpables, nos sentimos diferentes, extrañas, raras y no sabemos porqué. Tenemos vergüenza, somos modestas, no queremos protagonismo, pero en ocasiones, debemos tomar las riendas y hacer que las cosas pasen. Provocar las situaciones, incluso no haciendo nada, incluso desde el silencio, desde la espera, o desde la misma acción, según. Si no lo haces, nunca lo sabrás. Si no te atreves, nunca lo descubrirás. Si no lo intentas, te arrepentirás. Tengo un dicho: "Ante la duda, hazlo". Y siempre podrás decir que por ti no quedó.

Niña mala, loba mala, mala mujer. Una vez me dijeron: ¿Y es necesario que levantes los brazos así cuando bailas, que seas tan efusiva, que te muevas tanto y que llames tanto la atención? Pues sí, dije, esa soy yo. La que se expresa de esa forma, la que baila en medio de la pista y se siente la reina, la mejor. La que se viste sexy y sensual. La que se sube arriba de un cubo y baila como una posesa, como una animal. Igual que cuando te arreglas y te ves guapa, por quererte y cuidarte un poco más. La que disfruta y se lo pasa bien, la que siente las canciones que le gustan y las baila hasta la extenuación. Y a quien no le guste, que no mire. Y al día siguiente diré: "Que me quiten lo *bailao!!*".

Anna



EL LLAVERO

Era un caluroso día de finales de septiembre. Las vacaciones tocaban a su fin. El temido retorno se acercaba. El puesto de artesanía era como todos los que llenaban las ferias medievales y de cualquier otro tipo por todo el país. Pero algo le llamó la atención. A la sombra del tenderete, la mujer, morena de pelo ondulante y hermosos ojos azules, le invitó a acercarse con una mirada. Estaba ordenando los artículos, pulseras, billeteras, fundas para mecheros, pequeños bolsos, cinturones, pendientes, anillos, llaveros, libretas, todos realizados en piel oscura y trabajados de manera artesanal, con grabaciones amorosamente confeccionadas en cada uno de los artículos, que casi parecía que todos ellos tenían un mensaje dirigido a ti.

Después de tantas jornadas de lánguida reflexión, el plazo expiraba y tenía que tomar una decisión. Él se acercó distraídamente y comenzó a toquetear, primero una cartera, luego una pulsera, un pendiente, un anillo, sin mucha intención de nada, eternizando las decisiones, como había hecho todo en su vida. «Estás buscando algo en particular?» le preguntó la mujer. «Te noto un poco perdido y sin rumbo». Él la miró sorprendido, y sonrojado murmuró una disculpa y una retirada a tiempo. Pero la mujer le cogió con suavidad de la mano y le entregó un pequeño llavero. Era una sandalia de tiras hecha en cuero. Ella le sonrió, y mirándole fijamente a los ojos, le dijo: «Toma, llévate este presente con todos mis deseos de suerte para ti. Te va a ayudar a tomar la elección adecuada en cada momento, te guiará en los caminos que emprendas, y te ayudará a abrir las puertas de tu corazón sin miedo». Él, agradecido, se guardó el llavero en su mochila, y partió hacia su destino...

Isabel

LOS DE DENTRO

Llevaba bastante rato allí, tranquilamente sentada. Se encontraba tan a gusto que no tenía ganas de moverse. Era muy difícil hallar un sitio para estar a solas dentro de Las Cuevas, pero ella había encontrado esa pequeña cavidad en las rocas, muy pequeña en realidad, apenas cabía cuando estaba en pie, pero si se sentaba y apoyaba la espalda contra la pared era realmente cómoda, y lo más importante era que allí estaba totalmente sola, y a salvo de las miradas de los demás.

No era capaz de entender por qué los demás la consideraban tan diferente. ¿Sería por su costumbre de lucir el pelo tan cortito? Ya sabía que no era lo habitual en su tribu. Las mujeres acostumbraban a llevarlo muy largo, normalmente suelto, aunque a veces alguna se lo recogía con un trocito de tripa de pescado seco. Pero a ella le resultaba muy incómodo, y en cuanto empezaba a crecer un poco se lo cortaba. Esa misma mañana había vuelto a hacerlo, y ya estaba temiendo la mirada de reproche de su compañero cuando la viera. Pero ya se ocuparía de eso después.

Las aguas acababan de retirarse ya por segunda vez ese día, así que era hora de salir si quería cumplir con su tarea diaria. No tenía muchas ganas, pero era su obligación. Debía salir con sus cestos a la pequeña ensenada que se formaba delante de Las Cuevas y tratar de llenarlos con las algas que dejaban las aguas sobre la arena. Las Sanadoras insistían en que incluyeran las algas en su alimentación, y a Las Sanadoras no se las cuestionaba.

Así que salió de su refugio y se fue acercando a la salida, arrastrando los cestos, mientras pensaba en el maravilloso fenómeno que dos veces al

día, durante la luz, hacía que las aguas se retiraran dejando libre la salida al exterior. Las Sabias explicaban que así lo quería Luna, que, en su benevolencia, les permitía salir de Las Cuevas para recoger alimentos y agua dulce.

Y así lo hacían, cada día, pero eso sí, había que darse prisa por volver una vez cumplido el trabajo, porque cuando las aguas volvían a su estado normal no podías volver a Las Cuevas hasta la siguiente retirada. Y no podía imaginar nada peor que eso. Ya desde muy pequeñas Las Contadoras les explicaban historias sobre muchachas que se habían quedado fuera durante la oscuridad. Terribles historias sobre cómo habían aparecido muertas a manos de los otros, Los de Fuera. Contaban muchas cosas sobre ellos, pero ella jamás los había visto. Había veces que incluso dudaba seriamente de que en realidad existieran y no fueran una invención de Las Sabias para mantener a las muchachas tranquilas en Las Cuevas. Había veces que su loca cabeza se imaginaba muchas cosas, tantas, que le daba hasta miedo.

Pero, en fin, era hora de salir a trabajar, así que empezó a descender por el sendero que la llevaba a la salida, tan aplanado por tantas subidas y bajadas, que ya resultaba hasta cómodo de seguir. Mientras bajaba, el tintineo que emitía su falda al andar le arrancó una sonrisa.

En realidad, era la única prenda que llevaba puesta, aparte de algunos collares que le había regalado su hermana, que pertenecía al grupo de Las Artistas. La falda, en cambio, se la habían cosido Las Costureras. Cosían una prenda para cada persona de la tribu en la temporada de pesca del esturión. Su resistente piel, seca y ahumada en las hogueras nocturnas era el único material del que disponían para confeccionar las prendas de vestir, así que todos iban más o menos iguales. Aunque si tenías a alguien cercano en el grupo de Las Artistas, como era su caso,

quizá podía añadir algunas conchas o piedrecitas para hacerla un poco más especial. Eso era lo que había hecho su hermana con su falda. Con mucho cariño había ido añadiendo pequeñas conchas en el borde. Algunas cosidas y otras colgando, de tal forma que emitían un ligero sonido al chocar unas contra otras cada vez que ella se movía, por lo que alguien había llegado a decirle que llevaba la música consigo.

Su hermana... La adoraba. Era un poco mayor que ella y no había tenido la «suerte» de conseguir un compañero, que es lo que hubiera querido en realidad. Pero las normas al respecto en la tribu eran muy estrictas. Cuando un bebé llegaba al mundo había que esperar que otro, del sexo opuesto y sin lazos de sangre, claro, lo hiciera también antes de que pasaran tres lunas. Si así era, esa pareja de bebés ya se consideraban compañeros para toda vida. Si no, el bebé nacido era asignado a uno de los grupos de trabajo que formaban la tribu; las mujeres a Sabias, Sanadoras, Contadoras de historias, Músicas... A los hombres, por el contrario, sólo se les asignaban dos oficios, Pescadores del esturión, en la que llamaban «La Playa», y Picadores, que eran los que se dedicaban a picar las paredes de Las Cuevas para ir ampliándolas, y así hacer más grande todo el entramado subterráneo en el que vivían.

Esto no quería decir que si tenías compañero te libraras de trabajar para la comunidad, no. Aunque tu principal misión era intentar perpetuar la tribu también tenías que ocuparte de mantener el orden en Las Cuevas, sobre todo de la parte que tenías asignada para vivir, así como de las zonas comunes. También tenías otros trabajos «menores» asignados para toda la vida, en su caso, la recogida de algas. A los compañeros hombres les tocaba la más pesada tarea de acarrear agua desde un pequeño riachuelo que bajaba desde las rocas que rodeaban la ensenada e iba a desembocar a las grandes aguas. Era un trabajo pesado, en el que invertían todo el tiempo que la salida estaba practicable, porque eran

muchos en la tribu y el volumen de agua dulce que consumían era considerable.

Por lo menos ella sólo tenía que ir una vez al día, y siempre esperaba a la segunda retirada. Las demás muchachas Recogedoras acostumbraban a ir en grupo, pero a ella siempre le había gustado ir sola, a su aire, acompañada por sus pensamientos, por su inquieto mundo interior.

Cada vez estaba más convencida de que ella no había nacido para ser compañera, hubiera sido más feliz siendo una Contadora, o quizá Sanadora, pero lo que realmente le hubiera gustado ser era Sabia. Una Sabia buena y amable con todo el mundo, una Sabia a la que poder acercarse y contarle tus preocupaciones. Una Sabia como lo había sido su queridísima tía, antes de que Luna la reclamara para convertirla en luz. Una luz más de las que cuentan Las Sabias que brillan en el cielo durante la oscuridad, y que son las guardianas que custodian la entrada a Las Cuevas y las que protegen a sus moradores de los peligros del exterior.

Pero, a pesar de que ella pensara o sintiera, su tarea era recoger algas, así que no había que darle más vueltas. Con todo esto en su cabeza llegó hasta la ensenada. Se veía poca gente a esas horas, sólo un grupo de compañeros que volvían a Las Cuevas con agua dulce. Saludó con la cabeza a su compañero al pasar. Él no era muy hablador, y no le gustaba mostrar sus emociones en público, pero aun así pudo notar su mirada crítica al verla con el pelo corto otra vez. Intentó no pensar en ello y miró a su alrededor. La misma ensenada de siempre, una pequeña lengua de arena rodeada de rocas tan altas que la aislaban y no dejaban ver qué había más allá. Y por el otro lado, las grandes aguas, infinitas, según contaban Las Sabias.

La mayoría de personas de la tribu no habían salido jamás de la ensenada. Sólo un reducido grupo de hombres lo hacían en la temporada de más calor. Iban hacia el lugar conocido como «La Playa» y, si había suerte, volvían con algún que otro esturión. Era agradable cuando ocurría porque, además de la piel y la tripa, que utilizaban para infinidad de cosas, también servían para cambiar un poco el sabor de la alimentación diaria, que se reducía a peces mucho más pequeños pescados en la ensenada, acompañados de algas, y, en días realmente afortunados, de algún huevo de ave que hubiera tenido la mala suerte de hacer su nido al alcance de la mano de las personas.

Justamente estaba pensando en los huevos cuando creyó divisar un nido bastante grande en lo alto de una roca. El problema era que estaba muy arriba, ¿se atrevería? Se animó pensando en que si había un huevo podía llevárselo como sorpresa a su madre, que ya estaba mayor y guardaba reposo desde hacía algunos días por orden de Las Sanadoras. ¡Ojalá hubiera dos! Podía darle el otro a su queridísima amiga. Era una de las personas que más apreciaba en la tribu. Siempre tan amable y cariñosa. Ella era feliz con el compañero que le había tocado, y siempre intentaba que los demás también lo fueran. Le aconsejaba con mucho cariño que no llamase tanto la atención, que intentase ser un poco como las demás, pero después siempre la ayudaba, como por ejemplo esa mañana, a cortarse el pelo y que quedase bonito a la vista. Se merecía ese huevo.

Con esa intención dejó los cestos en la arena y empezó a trepar con cuidado por las rocas, despacio, un pie después de otro, hasta que consiguió llegar hasta arriba. En efecto, había un nido, ¡y con tres huevos! Pensando a quién darle el tercero dejó que su vista vagara por el horizonte, y entonces la vio. Era inmensa. Enseguida cayó en la cuenta de que debía ser lo que los hombres llamaban “La Playa”. Era preciosa y parecía no tener fin. Miró hacia abajo, hacia su ensenada, y después de

comprobar que nadie la veía se dispuso a bajar hasta La Playa. Por supuesto se olvidó totalmente de los huevos. Su corazón latía acelerado, era la primera vez en su vida que veía un paisaje distinto y no pensaba perderselo por nada del mundo. Según bajaba casi pierde el equilibrio al darse cuenta de había gente. ¡Los de Fuera! Estuvo a punto de volver a subir rápidamente, pero pudo más su curiosidad y bajó un poco más.

A lo lejos se veía un grupo de personas, pero más cerca sólo pudo ver a una chica joven que parecía pasear por la orilla, pero que en ese momento la estaba mirando a ella. Debía de haberla visto bajar por las rocas. Se asustó bastante, pero la verdad era que nada en la actitud de la chica le hacía pensar que fuera peligrosa. Al contrario, tenía una cara muy dulce, y sus ojos mostraban la misma curiosidad que sentía ella. Siguió bajando, y al pisar la arena la chica ya estaba allí, a los pies de la roca, esperándola.

Con mucha cautela se miraron, se reconocieron, tan diferentes y en el fondo tan parecidas. Todo el exterior era distinto, la ropa, el pelo, las facciones, pero en el interior sólo eran dos mujeres jóvenes con mucha curiosidad la una por la otra.

Como es natural empezaron a comunicarse, a preguntarse. Ella le habló de su tribu, de su ensenada, de su manera de vivir, y la chica le habló de casas, de pájaros gigantes que transportaban personas. Le habló de ciudades enormes, de países, de gente de otros colores, de artilugios que servían para hablar con otras personas aunque estuvieran lejos, de comida con mil sabores diferentes... Todo era tan extraño y a la vez tan emocionante que no podía parar de hacer preguntas, su curiosidad era infinita.

No se dio cuenta del tiempo que había pasado hasta que la chica dijo que tenía que marcharse. ¡Luna querida! ¡La retirada! Casi era la hora de que la entrada a Las Cuevas se cerrara para la oscuridad y ni siquiera había recogido las algas.

Se despidió de la chica a toda prisa y se dispuso a escalar la roca para poder bajar después a su ensenada. Llegó arriba sin aliento y se paró un momento a respirar. Al mirar hacia Las Cuevas vio cómo, en ese preciso instante, las aguas terminaban de cubrir la entrada. Mientras, y sin que fuera totalmente consciente de ello, una enorme sonrisa fue apareciendo en su cara.

Cris



ARRUMBAR, JOTAKE, COMBOI

Vamos a fijar el rumbo, intentándolo una y otra vez, sin parar hasta conseguirlo, y así mantener esa ilusión para continuar jugando con las palabras y las historias



PUNTO Y SEGUIDO

Yo no sé escribir. Vamos, sí que se, porque me estás leyendo y me entiendes, pero no tengo técnica. Ni se encadenar palabras para que mis frases fluyan como el agua por las gargantas de La Vera.

Pero si se tres cosas sobre escribir. Y las tres las he aprendido en este viaje que es Palabras a volar.

La primera.

Escribir me arrumba. Aun con un norte en constante cambio como el mío, escribir me pone en su dirección.

La segunda.

Si cuando escribo siento, cuando lo leas también lo sentirás. Pensaba que hacer lo que fuera desde las entrañas, con pasión, era sólo apto para personas desgarradas y conectadas con mucho dolor. Demasiado excesivo para mi -aparente- frialdad. Cuando escribo desde los huesos, muchas veces me sale diversión, ligereza y risa. Escribo con una carcajada en la tripa, que se escurre por el brazo, y sale en la boca de quien lo lee. Es apasionado porque es con sentimiento. Y está bien así. No necesita ser de otra manera.

La tercera.

Hasta la comunidad había escrito un blog y mi diario. Todo yo, yo, yo, mi, mi mi... Normal que estuviera convencida de que no servía para escribir ficción. Que sólo podía hablar de mí. Pasaron los meses y las propuestas y, ¡oh, sorpresa! No solo soy capaz, sino que es cuando más disfruto. Es

como subir a mi alfombra mágica y esperar emocionada a ver dónde me lleva. A ver qué paisajes me tiene preparados para que te los cuente.

Al empezar hice un compromiso de escritura casi diaria que no he cumplido. Pero si me he comprometido con el proyecto. Con Lidia, que lanza sus propuestas para que nos aventuremos. Con mis compañeras, cada una diferente y maravillosa. Han compartido su alma en los textos, han evolucionado en sus palabras. Estoy feliz de estar con ellas en esta escuela de vuelo.

Mi norte y deseo a partir de ahora:

Espero seguir aprendiendo a y sobre escribir. Espero seguir destruyendo creencias a golpe de renglón. Espero sentir y hacerte sentir cada vez más.

Y, sobre todo, espero enredarme mucho tiempo más entre las palabras que trenzan mis amigas de tinta.

Silvia



SEGUIMOS ADELANTE

En estos escritos, en esta tribu virtual de escritura, he compartido mi vida y mis sentimientos, me nace hacerlo así, tal y como se puede leer en ellos. He aprendido mucho y espero seguir aprendiendo, en esta válvula de escape del trajín cotidiano, en este rinconcito sincero y casi secreto, donde el respeto, la amistad y la honestidad se notan y se palpan, y donde nuestros puntos en común se entrelazan y se tejen poco a poco, aunque estemos lejos, aunque no nos veamos. Escribimos y nos entendemos, nos leemos y nos comprendemos, y en muchas ocasiones, como se puede ver, abrimos nuestras almas, desde la realidad o la ficción, y eso lo que da sentido a esta, nuestra pequeña comunidad, y por ende, a nuestras vidas.

Anna

QUIEN LO IBA A DECIR...

Quién lo iba a decir...

Han pasado muchos meses desde que comenzamos esta aventura de las palabras. Meses en que tímidamente íbamos adquiriendo compromisos con nosotras mismas y con las palabras que llevamos en el interior, con las historias que todas llevamos escondidas. Hemos ido poco a poco abriendo agujeros en los muros que nos protegían, y dejando que pasara la luz y nos dejara ver más allá. Cada una lo ha hecho a su manera, y dando los pasos que en cada momento necesitaba. A veces hemos sido más intimistas, otras, más aventureras.

Desde mi pequeño rincón, puedo decir que el hábito se ha apoderado de mí, y el vicio de escribir, aunque sean unas pocas reflexiones, unas palabras y frases al azar, es, ahora mismo, una necesidad diaria. Objetivo conseguido.

Hemos escrito en estos meses de todo un poco. Hemos aprendido que con nuestros recuerdos podemos hilvanar historias fascinantes, nos han enseñado que nuestra memoria es la mejor cantera para crear relatos y nos hemos convencido que nuestra particular mirada al mundo es capaz de dar voz a multitud de emociones. Nos hemos inventado un espacio de literatura terapéutica, necesario, donde nuestra voz nos ha dolido más. Desearía que ese espacio no desapareciera nunca...como dije una vez, estas hechiceras de las palabras me han cautivado para siempre...

Y ¿hacia dónde queremos ir?

Yo desearía seguir transitando por estos parajes tan diversos, me gustaría seguir trabajando nuestra intuición, para poder transformar cada vez con más frescura, con más naturalidad, todos los cuentos que nos siguen burbujeando por dentro. Seguir peleando con el miedo y la inseguridad

que todavía nos acecha en los malos momentos, continuar plantando cara a las excusas y a la frustración, y mantener esta red de apoyo y complicidad que hemos tejido en estos meses, a propósito de literatura, charlas y exorcismos terapéuticos...

Entiendo que hemos sentado las bases de algo distinto, de algo nuevo, por lo menos para mí, y desearía, es más, necesitaría que continuáramos construyendo con todas nuestras palabras... ¿el qué? Pues todo lo que esté por venir, y lo que estemos preparadas para entregar...y que la locura de las historias se apodere de nosotras...

Isabel



PARECE MENTIRA

Parece mentira que sólo hayan pasado unos meses desde que tomé la decisión de empezar a escribir y me comprometí a ello. Parece mentira que mi cabeza haya cambiado tanto en tan poco tiempo.

Ahora veo las cosas de otra manera. Cualquier persona que pase por la calle puede convertirse en mi siguiente protagonista. Un atributo físico de mi amiga más querida, o un rasgo de carácter de esa otra con la que no me llevo tan bien, pueden ser la seña de identidad de ese personaje. Una isla idílica, o quizá una habitación inmunda vista en televisión, me dan pistas sobre el lugar donde situar la historia. Una frase escuchada sin querer en una conversación ajena puede ser el pistoletazo de salida de un relato. O un día radiante o por el contrario de oscuras nubes grises desencadenan un torrente de ideas que se convierten en cuentos... Todo esto pasea por mi cabeza a menudo, y de mi cabeza, a mis dedos.

Hemos escrito mucho durante este tiempo. De todo. Muchos textos compartidos y otros que no. Hemos escrito sobre nosotras mismas, literatura terapéutica le llamó una de mis compañeras. Y no veáis cómo ayuda, aunque a veces duela y sea muy difícil de escribir.

Pero también hemos inventado historias, y he descubierto que eso es lo que más me gusta, inventar. Ser otras personas, vivir otras vidas, en otros lugares, en otros tiempos. Me llena.

Una vez que una idea se mete en mi cabeza ya no puedo sacarla de ahí. La historia empieza a cuajar, y paso mucho tiempo pensando, cavilando, imaginando cómo darle forma, cómo convertirla en algo que se pueda leer, y que quizá pueda gustar a otras personas.

Todavía no me siento muy segura, me cuesta dejar que alguien, aparte de mis compañeras, lea algo de lo que escribo. Es mi próximo reto, abrirme, dejar que los demás me vean, ganar un poco de confianza en mí misma...

Pero hay algo que sí que he ganado en estos meses. Un grupo de mujeres maravillosas, mágicas, sensibles y comprensivas, que me han demostrado una y otra vez que si quieres, puedes. Y es que, a pesar de ser tan diferentes, tan fantásticamente diferentes, en el fondo todas somos iguales, unas locas de las palabras. Ojalá esta locura nos dure para siempre.

Parece mentira. Parece mentira que todo esto haya pasado en tan poco tiempo, pero os aseguro que así ha sido. ¡Y cuánto me alegro!

Cris



ESENCIA



Silvia Barcenilla Paz

¿Me contradigo? Muy bien, pues me contradigo. Soy grande, contengo multitudes.

Walt Whitman

Madrileña del 73. Urbana de nacimiento, asilvestrada de adopción. Catacaldos y paradoja con patas. Contengo multitudes. Química, vendedora, maestra de variados reikis y derivados. Pésima cocinera y excelente comensal. Entre algo friki y superfiki según el tema. Posible periodista, frustrada por la psicóloga del colegio (de monjas).

Gano mucho con tiempo, distancias cortas y grupos pequeños. Sonrisa grande y fácil. No me peino las canas y ya ni las camufló. En algún momento rondando los 40 perdí el óvalo facial (si te lo encuentras en algún lado, avísame, porfa.)

Escribo desde los tres años; "no eras Cervantes pero te manejabas" según mi hermana Ana. Sigo igual: no soy Cervantes, pero me manejo.



Anna Carbonell Piqueres (Valencia, 1968)

Como buena valenciana adoro el mar y mi tierra, su luz, su sol y el carácter abierto de sus gentes. Tengo la suficiente edad como para preferir una sesión de meditación a una borrachera, o una tarde de sábado de sofá, pijama y manta a unos tacones y maquillaje, aunque pienso que hay momentos para todo. Suelo ser una persona alegre, divertida y dicharachera, aunque también me gustan mis momentos de soledad y tranquilidad. Me gusta leer, escribir y me gusta trabajar. Sí, porque me gusta mi trabajo, después de muchos años hago algo que me realiza y me satisface. Y modestia aparte me lo merezco, me lo he ganado a pulso. Profesora de vocación sin llegar a ejercer nunca, por aquello del destino he vuelto de alguna forma a las aulas, a enseñar igualdad entre mujeres y hombres. Así que no puedo estar más satisfecha. Ando por la vida con mis gafas violeta lo cual se refleja en todo lo que hago, y aunque a veces es complicado y tengo la sensación de ir contracorriente, sé que voy por el camino correcto, siguiendo mi instinto, mis deseos y tomando conscientemente mis propias decisiones.



Isabel Montes de Oca (A Coruña, 1971)

Aparecí en este mundo una primavera al lado del mar, en A Coruña, aunque los vientos me trajeron desde un lado y otro del sur, y del otro lado del mar Mediterráneo. Debe ser por eso que por mucho que intente asentarme y enraizar, mi espíritu siempre anda por otros mundos.

Desde pequeñita siempre me ha gustado leer, soy incansable, leo y releo todo lo que puedo y cae en mis manos. Leo para relajarme, leo para evadirme, leo para aprender, leo para divertirme, es la cura para todos mis males.

Siempre he tenido la necesidad de escribir, de poder dar espacio a todo lo que bulle por mi cabeza, y hasta hace bien poco las excusas y los muros me impedían abrir las compuertas.

Pero volando volando encontré una puerta a una plaza donde el viento recoge las palabras para trenzarlas y así dar forma a mi bullicio interior, y no solo eso, encontré a unas hechiceras, unas locas de las palabras, que me animan, me apoyan y me dan alas para seguir volando con las palabras, para dejarlas ir y que lleguen muy, muy lejos; y así, de su mano y en su compañía, voy a seguir enredando palabras, historias y sueños...hasta el infinito y más allá...



Cristina Morais Garcia (Salamanca, 1970)

Quiso el destino que naciera lejos de mi tierra, Euskadi, a la que me trajeron siendo muy pequeña y que es la que realmente llevo en el corazón.

Lectora voraz desde muy jovencita, leía todo lo que caía en mis manos, desde manuales de instrucciones a revistas deportivas, desde novelas históricas a biografías, pasando por historias de ciencia ficción o la novela rosa más ñoña que podía encontrar.

Pero no ha sido hasta hace muy poco que di el paso al otro lado, el lado del que cuenta a los demás. Ni mis estudios ni los trabajos que he realizado hasta el momento han tenido nunca nada que ver con las letras, al contrario, no pueden estar más alejados. Pero un día decidí que nunca es tarde si la dicha es buena y que quien quiere, puede.

Todo se precipitó cuando encontré a las Trenzadoras, ese grupo de mujeres mágicas, llenas de sabiduría y bondad, que me han traído en volandas hasta donde me encuentro ahora, hasta este sueño hecho realidad.

Así que aquí me tienes, sentada, con los ojos cerrados, inventando una nueva historia.

No dejaré de hacerlo nunca, palabrita de Trenzadora.



ESTAMOS EN



contacto@narrativasyostraslunas.com

[Comunidad de escritura Palabras a volar](#)